

no de las costumbres, promulgó entonces leyes contra el adulterio y el concubinage, que no fué lícito sino contra las mujeres de condicion servil. Castigaba severamente á sus esclavos y á sus libertos, y los entregaba al magistrado ordinario si cometían un delito. Erigió en Roma un templo al sol, resplandeciente de metales preciosos y de perlas, con vasos de oro del peso de mil quinientas libras. Adornó el Capitolio y otros templos con los donativos recibidos de los príncipes extranjeros, y señaló rentas para los sacerdotes y para el culto. Distribuía al pueblo carne de cerdo, además del pan y el aceite, y áun quería agregar á esto el vino; pero el prefecto del pretorio le hizo observar que si lo concedía como pensaba, acabaría la muchedumbre por exigir gallinas. Determinó la cantidad de trigo, de papiro, de vidrio que tendría obligación de suministrar anualmente el Egipto. Después de haber perdonado todas las deudas contraídas por los particulares con el tesoro, publicó una amnistía general para los delitos de Estado. Mas vino á despertar el carácter severo de Aureliano un levantamiento excitado por la reforma del sistema monetario, ingorándose en qué consistía ésta. Fueron especialmente senadores los sepultados en calabozos y enviados al suplicio. Desde entonces su soberbia no reconoció más derecho que el de la cuchilla; trató al imperio como país conquistado.

Así el Senado llegó á profesarle un odio igual al amor que le tenía el ejército; sin embargo, en el seno de éste fué donde encontró la muerte. Como se aprestara á vengar á Valeriano sobre la Persia, Mnesteo, su liberto y secretario, á quien había amenazado con motivo de algunas estorsiones, previno el castigo, enseñando á los principales oficiales del ejército una falsa lista de proscritos, y persuadiéndoles de que dieran muerte al emperador para evitar la suya propia. Con efecto, fué asesinado por sus guardias entre Heraclea y Bizancio (Junio de 275). Cuando se reconoció ser falsa la lista que había causado su muerte, echaron los conjurados á Mnesteo á las fieras, y erigieron un templo al *restaurador del imperio*. Es verdad que durante los cinco años de su reinado cicatrizó Aureliano las llagas de que había sido única causa la indolencia de

Galieno. Repelió á los bárbaros de Italia, restituyó su unidad al imperio, recibió el homenaje de Hormisdas, sucesor de Sapor, y si no permite que se le cuente entre los buenos príncipes su rigor excesivo, fué uno de los más útiles en una época en que sólo la espada podía salvar á un imperio fundado también por la espada. En un principio había tolerado á los cristianos, si bien tenía en la mente su exterminio cuando la muerte le llamó á dar cuenta á otro príncipe, más grande que él, de sus proyectos.

Avergonzados los principales oficiales de haberse manchado con la sangre de Aurelio, no se atrevieron á darle sucesor; de consiguiente, escribieron al Senado para que escogiera un príncipe capaz de sustituir en aquellas circunstancias al que había sido muerto, y que estuviese limpio de su asesinato. Tácito, príncipe del Senado, disuadió á sus colegas de admitir lo que se les proponía por miedo de excitar turbulencias si desagradaba al ejército la elección del Senado. Remitióse, pues, la elección á las tropas, que delegaron nuevamente la facultad de elegir al citado cuerpo. Tres veces se repitió esta conducta, de manera que el imperio estuvo vacante ocho meses. A pesar de todo no se resentía la tranquilidad interior de este interregno; pero como los enemigos del otro lado del Eufrates y del Danubio, se hacían cada vez más emprendedores, fué proclamado al fin emperador Marco Claudio Tácito de comun acuerdo. Vanamente quiso buscar excusa en sus setenta y cinco años, pues fué obligado á aceptar el cuidado del Estado y del mundo que le decretaba la autoridad del Senado, y que merecía no menos por su alta clase que por sus excelentes obras.

Descendió de Tácito el historiador éste nuevo soberano, y mandó que cada año se hicieran dos copias de las obras de su ilustre abuelo. De carácter dulce, admirador de la sencillez antigua, cedió su patrimonio al Estado, declaró libertos á cuantos esclavos había en Roma, y halló en su templanza y en su economía los necesarios recursos para las liberalidades imperiales. Mandó cerrar completamente las casas de prostitución y baños públicos antes de ser de noche; destinó templos y sacrificios á los buenos emperadores, rechazó el testimonio de

los esclavos contra sus amos, y prohibió dorar y amalgamar los metales. Restituyó sus antiguas atribuciones á los senadores, que llenos de alborozo, hicieron procesiones solemnes y se apresuraron á prescribir á todas las ciudades, así como á los pueblos aliados, que les dirigieran las apelaciones de los procónsules, dejando de hacerlo al emperador y al capitán de guardias. Ellos fueron quienes designaron los procónsules, y confirieron con tan absoluta libertad las magistraturas que negaron el consulado á un hermano de Tácito, recomendado por éste á sus sufragios. Por ellos eran sancionados los edictos imperiales, siendo esta la última manifestación de la autoridad senatorial.

Tácito se concilió el ejército con larguezas y guiándole contra el enemigo; mas por una parte el rigor del clima, y por otra las turbulentas instancias de los soldados envaletonados en vista de su índole bondadosa, le arrastraron al sepulcro (Abril de 276), hallándose en Capadocia y contando apenas seis meses de reinado.

Floriano, su hermano, hizo que le revistieran con la púrpura y obtuvo la obediencia de las provincias de Africa y de Europa. Pero en Asia se declararon tres legiones en favor de Probo, y comenzó una guerra civil en que fué muerto Floriano. Probo, natural de Sirmio, reunía todas las cualidades de un buen príncipe; dió pruebas de valor batiendo á los bárbaros que habían invadido la Galia rechazándolos más allá del Rin; redujo á los godos y á los persas á la necesidad de solicitar la paz; avasalló á los isaurios, diseminándolos en las provincias más distantes; derrotó á los blemmyos que habitaban entre la Etiopía y Egipto, y aseguró la paz en lo exterior. Había concebido un proyecto más galano que de fácil ejecución; consistía en desarmar á los germanos y en inducirlos á remitir á los romanos la decisión de sus querellas. Entretanto mandó construir una línea de defensa contra ellos, no reducida á troncos de árboles y empalizadas como la de Trajano, sino formando un muro de mampostería que se extendía desde las inmediaciones de Neustadt y de Ratisbona á través de montes, valles, ríos y pantanos, hasta Wimpfen, junto al Necker, y se juntaba al Rin después de recorrer doscientas millas. Obligó también á los germanos á apron-

tar cada año diez y seis mil hombres de los más robustos, que repartió en las tropas nacionales; efectivamente, el reclutamiento se hacía cada vez más difícil en las provincias de lo interior y en las poblaciones enervadas de la Italia.

Halló un competidor en Sexto Julio Saturnino (280), á quien apoyaban los turbulentos alejandrinos, aunque pronto fué vencido y muerto. Próculo se rebeló en contra suya en las Galias; haciendo el corso por mar, á semejanza de sus antepasados, había acumulado tantas riquezas que pudo armar dos mil esclavos; mas derrotado por Probo, le hicieron traición los francos. El español Bonoso, que desde el oficio de maestro de escuela había llegado á ser jefe de la escuadra del Rin, habiendo dejado que la sorprendiera é incendiara el enemigo, se sublevó por miedo del castigo y se sostuvo bastante tiempo; vencido al fin, se quitó la vida. No se había hecho ménos célebre en las proezas de Baco que Próculo en las de Venus.

Cuando terminaba la guerra empleaba Probo á los soldados en trabajos provechosos; así fué como les hizo plantar de vides las colinas de la Galia, de la Pannonia y de la Mesia, reedificar más de diez ciudades destruidas y abrir canales. Pero habiendo manifestado la esperanza de asegurar la paz general en breve, y de pasarse sin soldados, éstos le dieron muerte (Agosto de 282). Esta era una catástrofe inevitable, ora se tratara de un emperador despreciable como Galieno, ora de un soberano justo, prudente y respetado como Probo.

Proclamaron las tropas á Caro, prefecto del pretorio, quien nombró Césares á Carino y á Numerano, sus hijos, derrotó á los sármatas en la Tracia, asegurando así la tranquilidad de la Italia y de la Iliria. Posteriormente pensó en hacer la guerra meditada por mucho tiempo contra los persas, guerra definitiva é indispensable (283).

Ascendido otra vez Varano II al trono, había ya invadido la Mesopotamia; mas al saber que los romanos se adelantaban hácia aquel punto, emprendió la retirada y despachó embajadores á Caro. Halláronle en traje militar y cubierto con un tosco manto de púrpura, comiendo reclinado sobre la yerba un pedazo de tocino con guisantes. Cuando le explicaron el objeto de su misión, les respondió quitándose

un pequeño casquete que cubría su enorme calva: *Si vuestro príncipe rehúsa humillarse ante los romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles cual lo está de pelo mi cabeza.*

A fin de que no se creyera que había profesado una inútil fanfarronada en Persia, víctima á la sazón de las facciones y distraída por una guerra con la India. Ya había tomado á Seleucia y Ctesifonte cuando murió herido de un rayo (Enero de 284). Los soldados, que reconocieron en aquella muerte un fatal agüero, obligaron á su hijo Numeriano á alejarse del Tigris, término fatídico de las conquistas romanas. Este príncipe, dotado de insignes prendas, era como poeta superior á todos los hombres de su tiempo, y también figuraba como el crador más elocuente del Senado, pero fué muerto en la retirada.

Desde la Galia, donde había hecho, no sin habilidad, la guerra, tomó Carino á Roma, donde llegó á ser jefe único del imperio. En el espacio de pocos meses tomó por esposas y repudió á nueve mujeres, sin contar el gran número de ellas á quienes deshonró su lujuria. Pasaba el tiempo en conciertos, en danzas, en placeres obscenos. De órden suya se dió muerte á los amigos, á los consejeros de su padre, á los que podían reprenderle por sus vicios, ó á los que habían sido sus iguales en la vida privada. Orgullosos con los senadores, se jactaba de querer distribuir sus dominios á la plebe, á la cual divertía con fiestas, escogiendo entre ella sus favoritos, sus ministros y cómplices á un mismo tiempo, pues descansaba sobre ellos de todos los negocios, hasta de firmar los despachos y decretos.

Al borde del abismo se entregaba á la ociosidad y á los placeres, pues apenas llegó á Calcedonia de Asia el ejército con que su padre había combatido á los persas, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de los guardias domésticos (17 de Setiembre ó 29 de Agosto de 284). Este había nacido en Dalmacia de padres oscuros; era valiente en las lides, hábil en los negocios; se mostró amigo del buen saber, poseyendo sólo conocimientos militares, y fué enemigo del fausto y de la molición. Como cundieran rumores de que se había manchado con el asesinato de Numeriano, juró que estaba limpio de aquel delito; y habiendo mandado

comparecer á Aper, suegro del príncipe difunto, dijo: *Hé aquí el asesino del emperador*, y le hundió su espada en el seno.

Quiso á la vez convencer al ejército que se satisfizo con esta prueba, y cumplir con el vaticinio de una sacerdotisa druida. Habíale anunciado que sería emperador cuando hubiera dado muerte á un jabalí, *aper* en lengua latina. Desde entonces perseguía á estos animales en la caza, y esta vez, despues de haber herido á su antagonista, dijo: *Al fin di muerte al jabalí funesto.*

Se dispuso el ejército á sostener en la guerra civil la inocencia de Diocleciano y la profecía gala, mientras él, á fin de preparar el triunfo, se ocupó en fomentar el descontento entre las tropas de Carino, quedando airoso en su empresa; pues si bien fué vencido en una batalla regular dada á orillas del Danubio, para vengarse un tribuno de un adulterio hirió á Carino con mortal golpe; en su consecuencia se halló Diocleciano dueño del imperio y tuvo la generosidad ó la política de perdonar á los parciales de su enemigo.

En los noventa y dos años trascurridos desde Cómodo á Diocleciano estuvo vacante el imperio veinticinco veces, y veintidos de ellas á consecuencia de la muerte del que ocupaba el trono. De treinta y cuatro emperadores fueron asesinados treinta por los que aspiraban á sucederles. Dueños de todo, los soldados eran á un mismo tiempo electores y verdugos. Ignórase, pues, qué podían hacer los bárbaros para empeorar semejante estado de cosas.

CAPÍTULO XVI

Emperadores colegas.

Apenas hubo consolidado su autoridad en Roma, marchó Diocleciano contra los germanos y los bretones; luego se dirigió á Oriente donde urgía más su presencia (Abril 286); pero antes de partir asoció al imperio á Maximiano, aldeano de las cercanías de Sirmio; una de las mejores espadas de la época, si bien cruel y perverso hasta el punto de que Diocleciano pudo parecer generoso, interviniendo para moderar sus actos de severidad, acaso despues de aconsejárselos él mismo. Maximiano, tomó el título de Hércules, Diocleciano el de Joviano.

Profesaba el primero gran respeto á Diocleciano considerándolo como un génio superior; necesitaba el segundo del valor de su colega en medio de tantos enemigos frenéticos de ira. A fin de poder hacer frente á todas partes, Diocleciano subdividió además la autoridad, escogiendo para darles el título de Césares, á dos generales experimentados: Galerio que se había ejercitado antes en el oficio de pastor, y Constancio, de una familia noble, denominado á causa de su palidez Chloro. Maximiano dió á este último su hija en matrimonio, y Diocleciano la suya á Galerio. De este modo dividieron entre ellos, si no la administración, la defensa del imperio. Confiáronse á Constancio la Galia, la España y la Bretaña; á Galerio las provincias de Iliria junto al Danubio; á Maximiano el Africa y la Italia; Diocleciano se reservó la Francia, el Egipto y el Asia. Sin embargo, este acomodo no produjo el efecto de destruir la unidad monárquica, porque aquellos que Diocleciano se había agregado miraban sin oposicion como el primero y un *gran Dios* á aquel á quien debían su encumbramiento. Obrando con un concierto no comun entre los poderosos, único entre cuatro guerreros de patria, de edad y de carácter diferentes, se asistían reciprocamente con sus consejos y sus brazos; fueron vigiladas más de cerca las provincias, y las legiones aprendieron á respetar la vida de sus jefes, viendo que no hubiera producido ningun resultado el asesinato de uno de ellos.

Maximiano exterminó en la Galia á los paisanos, que con el nombre de baguados se habían insurreccionado contra la opresion de los ricos; pero Carausio, ciudadano oscuro de la Menapia, investido con el mando de la escuadra estacionada en Gesoriaco (Bolonia) para defender la Bretaña de las incursiones de los francos, los dejó pasar á la isla, y de allí se entregaron al saqueo; cayendo despues sobre ellos á la vuelta, les despojó de su botín (287). Temeroso entonces del castigo sublevó á los insulares y tomó el título de Augusto. Sostúvose en el país por espacio de siete años contra los caledonios y los romanos. Había alistado á la flor de la juventud franca, á la cual ejercitaba en las maniobras de mar y tierra, y haciendo el corso con sus naves, asolaba las cos-

tas del Océano hasta las columnas de Hércules.

No pudiendo someterle Maximiano por falta de naves, celebró con él un acomodo, por cuyo texto le cedió la soberanía de la Bretaña con los honores imperiales (292). Posteriormente Constancio comenzó de nuevo las hostilidades; pero en lo más reñido de la lucha supo que Carausio había sido asesinado por Alesto (294), quien le sucedió en su poder vacilante. Poco tiempo despues fué vencido este último, y tornó á ser incorporada al imperio la Bretaña, desmembrada de él por espacio de diez años.

Encamináronse á Milan Maximiano y Diocleciano, uno desde la Galia y otro desde la Arabia, á fin de ponerse de acuerdo sobre los medios de defensa, siendo cada vez más amenazador el peligro en presencia de los bárbaros, que multiplicaban sus irrupciones por todas partes. Los godos habían sometido á los burgundos, á los vándalos, á los gépidos; los blemmyos estaban en guerra con los etíopes y con los moros. Cuando los persas daban tregua á sus discordias intestinas, se lanzaban sobre la Mesopotamia y la Siria. Habíanse ligado las tribus de Africa contra Roma. Marco Aurelio y Juliano en Italia, Aquileo en Alejandría, habían tomado el título de emperadores; pero los esfuerzos reunidos de los cuatro soberanos supieron obviarlo todo. Constancio afirmó la dominacion romana en Germania; Diocleciano doméñó á Aquileo en Egipto, castigando severamente al país, del cual cedió una parte á los nubios para oponer una barrera á los blemmyos. Maximiano pasó de las Galias á Africa para someter á los moros.

Fué más importante y gloriosa que otra alguna la expedicion contra los persas. Cuando éstos subyugaron la Armenia bajo el reinado de Valeriano, Tiridato, hijo de Chosroes, que acababa de ser asesinado, fué puesto en salvo por algunos amigos. Educado en Roma en la escuela del infortunio, pudo amaestrarse allí en las artes de la paz y de la guerra, y adquirir amigos. Dueño de la Armenia el extranjero durante este período, la hermozeaba con magníficos monumentos; mas no por eso aparecía ménos odioso á los ojos de los habitantes, en virtud de las medidas tiránicas que le inspiraba el temor de un levantamiento, y más especialmente á consecuencia de su intolerancia, que